

## Lección inaugural 2023/2024

JOSÉ MANUEL GARCÍA MATOS

**B**uenas tardes a todas, a todos. Me siento agradecido y honrado de encontrarme ante este foro en la Apertura del curso académico 2023/2024. Mi pretensión no es, ni mucho menos, dar una lección inaugural, procesionando ante ustedes un elenco de insignes autores. No obstante, sería iluso, por honestidad intelectual, no reconocer la presencia de fondo de autores como Ortega o Esquirol, de Han, Harari o Bauman, Bloom, Sandel, Morin o Henri, alguna dosis del crítico Onfray e incluso algo del lacaniano Zizek. Por supuesto que el Documento *Educación al humanismo solidario* y la *Veritatis Gaudium* están presentes en estas reflexiones.

Mi pretensión, si pudiéramos llamarlo así, quizá mejor mi intento de ella, es reflexionar sobre la buena aportación que como Centro Docente y profesores podríamos ofrecer al ser humano en esta encrucijada histórica. No doy soluciones porque no las tengo, bueno, quizá algún modesto ejercicio personalizado y grupal. Es más bien una reflexión previa, el presupuesto siempre necesario para un diseño posterior y más serio.

*¿Cómo se vive en una época de desconcierto en la que los relatos antiguos se han desmoronado y todavía siquiera intuimos que pueda surgir a corto o medio plazo un relato nuevo que los sustituya?*

Todos los humanos se preguntan quiénes somos, de dónde venimos y cuál es nuestra identidad. Esta búsqueda de identidad es importante y fascinante. “Este otear el sentido de la vida no es producto de la cultura, ni un fenómeno artificial... emerge de lo más hondo de la existencia humana”.

¿Quién soy? ¿Qué debo hacer en la vida? ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Cuál es el sentido de mi vida? Los humanos hemos estado formulándonos estas preguntas desde tiempo inmemorial. Cada generación necesita una respuesta nueva, porque lo que sabemos y lo que no sabemos va cambiando. No es una respuesta inamovible, y cada vez menos. Dado todo lo que sabemos y lo que no sabemos de la ciencia, de Dios, de la política y de la religión, ¿cuál es la mejor respuesta en la actualidad?

¿Qué tipo de respuesta espera la gente? En casi todos los casos, cuando la gente pregunta por el sentido de la vida, espera que se le cuente un relato, una historia.

*“El ser humano es un animal que, hasta ahora, contaba relatos, contamos cuentos (en su doble sentido, de contar relatos y vender motos) que pensaba en relatos más que en números o en gráficos, y que cree que su propio universo funciona como un relato, lleno de héroes y villanos, conflictos y resoluciones, momentos culminantes y finales felices. Cuando buscamos el sentido de la vida, queremos un relato que explique de qué va la realidad y cuál es mi papel concreto en el drama cósmico. Este papel me convierte en una parte de algo más grande que yo y da sentido a todas mis experiencias y elecciones”.*

La cosa es que nos enfrentamos como humanidad a revoluciones sin precedentes. Todos nuestros antiguos relatos se desmoronan, si no se han desmoronado ya. Hasta el momento no ha surgido alternativa alguna, aquellas nuevas narraciones que prometían tanto, han quedado en lo que han quedado. Ningún relato nuevo surge para sustituir los antiguos. Cuando las narraciones se desintegran, solo nos quedan informaciones (tema que no compete en esta ocasión).

¿Cómo prepararnos y preparar a las nuevas generaciones para un mundo de transformaciones sin precedentes y de incertidumbres radicales? Mi sobrino, Oscar, tendrá 47 años dentro de 10000 días. Si todo va bien, todavía estará vivo hacia 2100, e incluso podría ser un ciudadano del siglo XXII. ¿Qué hemos de enseñarle a mi sobrino que acaba de empezar la carrera para que le ayude a sobrevivir y a prosperar en el mundo de 2050? ¿Qué tipo de habilidades necesitará para conseguir trabajo, comprender lo que ocurre a su alrededor y orientarse en el laberinto de la vida?

Por desgracia, puesto que nadie sabe cómo será el mundo en 2050 (por no mencionar en 2100), no tenemos respuesta a estas preguntas. Desde luego, los humanos nunca pudieron predecir el futuro con exactitud. Pero hoy es más difícil de lo que ha sido jamás, porque una vez que la tecnología nos acerque

más la posibilidad de modificar cuerpos (la nanotecnología ya lo hace), cerebros y mentes (el interface ya se ha utilizado), ya no podremos estar seguros de nada, ni siquiera de aquello que parecía fijo y eterno. Y no me refiero a la gran revolución quizá distópica del transhumanismo y posthumanismo. Es algo más sencillo (o complicado) y urgente en cuanto que ya está aquí.

No sabemos qué hará la gente para ganarse la vida, no sabemos cómo funcionará la sociedad, la burocracia y no sabemos cómo serán las relaciones de género. Probablemente algunas personas vivirán mucho más que en la actualidad, y el cuerpo humano podría experimentar una revolución sin precedentes gracias a los avances en biotecnología. De ahí que muchos de nuestros aprendizajes de hoy sean irrelevantes mañana.

A estos avances, añadimos que en el siglo XXI estamos inundados de una cantidad enorme de información, desinformación o distracciones con cosas sin importancia. Si vivimos en el pueblo de Tachero y disponemos de un teléfono inteligente, podemos pasar muchas vidas enteras solo leyendo la Wikipedia, mirando charlas TED y haciendo cursos gratuitos en línea.

Y aun añadimos, lo alarmantemente fácil que resulta inundar a la gente con informes conflictivos y pistas falsas. Personas de todo el mundo están solo a un clic de distancia de los últimos informes sobre la guerra en Ucrania o de la fusión de los casquetes polares, pero hay tantos informes contradictorios que no sabemos qué creer. Tanta información, que cuando la política o la ciencia parecen demasiado complicadas, es tentador pasar a ver algunos divertidos vídeos de gatitos, cotilleos de famosos o pornografía.

En un mundo de este tipo, no podemos pensar que lo último que un profesor tiene que proporcionar a sus alumnos es más información. Ya tienen demasiada. En cambio, la gente necesita la capacidad de dar sentido a esa información, de señalar la diferencia entre lo que es y no es importante y, por encima de todo, de combinar muchos bits de información en una imagen general del mundo.

El mundo aparece así, pletórico de interrogantes, una hora magnífica y dramática (Juan Pablo II), pero esperanzadora, sólo comparable con la metáfora de Borges en “el jardín de los senderos que se bifurcan”. Y ahí es donde entramos nosotros. Quizás ya hemos llegado algo tarde, y no tenemos del todo claro qué pasos tendríamos que dar.

¿Qué tendríamos que enseñar? El pedagogo experto, Edgar Morin, indica que en las escuelas deberían dedicarse a enseñar «las cuatro ces»: pensa-

miento crítico, comunicación, colaboración y creatividad. De manera más amplia, tendrían que restar importancia a las habilidades técnicas y hacer hincapié en las habilidades de uso general para la vida. Y en eso, somos expertos, los mejores. Enseñar el arte de vivir, es evangelizar (Benedicto XVI).

Hace tiempo que *no sueño*, y si sueño no me acuerdo, lo cual quiere decir que estoy durmiendo más o menos bien. Pero a nivel metafórico tampoco. Mi director Espiritual dice que me ronda el Demonio meridiano que decía san Ignacio. Yo me quedo más con Sabina y aquello de “*A mis 50 y tantos años, ya ves tú, igual sigo de flaco, igual de calavera, igual que antes de loco por cantar el blues de lo que pasa en mi escalera, por bailar el twist de las verdades verdaderas*”.

Reconociendo en mí esta carencia, he hecho un ejercicio de obediencia magisterial. El papa Francisco, a los jóvenes universitarios que estaban en Lisboa, les invitó a soñar. Soñemos pues con el Instituto Superior de Teología de las Islas Canarias y su inestimable aportación a la Iglesia y al mundo contemporáneo.

Sueño con recuperar aquel lenguaje, ya más bíblico que actual, un lenguaje que creaba realidad, generativo. Alejarnos, por muy bello y nostálgico que también nos resulte de las palabras que matan las cosas como decía el inigualable Rilke. Durante décadas no parábamos de hablar de Nueva Evangelización, hoy ya es un término obsoleto que no consiguió ni mucho menos lo que decía y pretendía. Espero que no suceda lo mismo con Iglesia en Salida o Sinodalidad.

No seamos como los malos políticos, de cualquier banda, me da igual, que desean cambios, los prometen, pero a coste 0. Si queremos que este documento, VG, se haga realidad en nuestro centro, tendremos que pagar un precio. Un precio que se irá reflejando a lo largo de estas palabras, pero que comienza por alcanzar ese momento en el que nuestras decisiones no las tome la urgencia del presente, sino que sean motivadas por el futuro que emerge. Ciertamente incierto, pero que desde ya nos ofrece datos incuestionables.

Por eso sueño con el relanzamiento de los estudios eclesiásticos en el contexto de una nueva etapa de la misión de la Iglesia. Sueño, y ya lo solicitaba la Unesco desde 1996 en relación con las Universidades, que se propicien políticas que fortalezcan la capacidad, y añado yo, la obligación que tiene un centro de estudios como este de plantear preguntas, de acompañar interrogantes, de formar líderes, de generar reflexión.

No estamos en una agonía, sino en un parto, no es el final dramático de algo, sino el comienzo ilusionante de un gran espectáculo.

Sueño con llevar a cabo la labor de la universidad, que según Francisco no es otra que la de instruir a hombres y mujeres que, *“aprendiendo bien la gramática y el vocabulario de la humanidad, tienen chispa, tienen el destello que permite imaginar lo inédito”*. También la de formar *“hombres y mujeres que vislumbran en el pueblo una danza, un baile donde cada uno contribuye a la gracia del movimiento total y nadie es excluido”*.

Sueño con aprender esta nueva melodía que nos ayude a guiar y colaborar con los protagonistas de una *“nueva coreografía”*, que coloque en el centro a la persona humana. Coreógrafos de la danza de la vida. Para ello hay que buscar, para ello hay que arriesgar. La autopreservación es una tentación. Tengamos la valentía de sustituir los miedos por sueños. No seamos administradores de miedos, sino emprendedores de sueños (escuchamos el eco de Francisco en Lisboa).

Sueño con redescubrir, como decía Benedicto XVI, *“la amplitud de la razón”*, con *“mentes abiertas y de rodillas”*. Abiertas, porque un reto importante es la capacidad de habérselas con el cambio, de aprender nuevas cosas y de mantener el equilibrio mental en situaciones con las que no estemos familiarizados.

Para estar a la altura del mundo que se avecina, necesitaremos no solo inventar nuevas ideas y productos: sobre todo necesitamos reinventarnos una y otra vez. Porque a medida que la velocidad del cambio aumenta, es probable que no solo cambie la economía, sino también lo que significa el «ser humano».

Y de rodillas, para mejor contemplar cómo *“la cultura humana está henchida por el evangelio”*, para descubrir *“la huella trinitaria de la creación entera”*, para *“dejarnos introducir espiritual, intelectual y existencialmente en el corazón del kerigma”* y agradecer como *“tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros”* (P. Arrupe SJ).

En realidad, nadie puede predecir los cambios específicos que presenciaremos. Es probable que cualquier escenario futuro concreto se halle lejos de la verdad. Si alguien nos describe el mundo de mediados del siglo XXI y parece ciencia ficción, probablemente sea falso. Pero si entonces alguien nos describe el mundo de mediados del siglo XXI y no parece ciencia ficción, entonces es falso con toda seguridad. No podemos estar seguros de las cosas concretas, pero el propio cambio, a nivel social, es la única certeza. Quizá por eso, nuestra certeza de fe puede y debe ser, una inestimable ayuda.

A medida que lo raro se convierte en lo nuevo normal, nuestras experiencias pasadas, así como las experiencias pasadas de la humanidad entera, se convertirán en guías menos fiables. Los humanos como individuos y la humanidad como un todo tendrán que habérselas cada vez más con cosas, realidades con las que nadie se topó antes.

Para sobrevivir y prosperar en semejante mundo necesitamos muchísima flexibilidad mental y grandes reservas de equilibrio emocional que nos ayuden a vivir con riesgo y fidelidad en la frontera. Tendremos que desprendernos de manera repetida de lo que mejor conocemos, y sentirnos cómodos con lo desconocido. Por desgracia, enseñar a aceptar lo desconocido y a mantener su equilibrio mental es muchísimo más difícil que enseñar las procesiones trinitarias. No podemos aprender resiliencia leyendo un libro o escuchando una conferencia. Nosotros, los propios profesores que somos el producto del sistema educativo antiguo, solemos carecer de la flexibilidad mental que el siglo XXI exige.

Sueño con que los seminaristas, nuevas generaciones, que cursan el sexto año con asignaturas más pastorales, no por ello menos teológicas, inicien el bienio de licenciatura. Expresión evidente de la unidad existente entre Teología y Pastoral. Un nuevo imaginario conceptual, más fresco que el nuestro. Un alumno que termine es uno que ayudará a aliviar la carga docente. Antes recorríamos una hora de carretera, tres veces en semana, para dar clase a un grupo de 7, 15 o 36 personas. Eso era más llevadero y genera menos desgaste que venir un día con 1 o 2 alumnos, que se lo merecen, por supuesto, pero desgasta. Seguro que así contribuimos a sofocar la sisifemia tan presente en el ámbito laboral contemporáneo, que, inspirada en el mito de Sísifo, tiene como detonantes la autoexigencia, perfeccionismo, la ambición, y como consecuencias el estrés crónico y el cansancio patológico.

Sueño con la promoción de doctores, pensadores de reflexión profunda, no para cumplir el mínimo estatutario de un centro agregado, sino para caminar hacia la excelencia. Que esos doctores puedan seguir investigando, reflexionando, dialogando, escribiendo. Que puedan asistir a congresos nacionales e internacionales, incluso becados si es necesario. No encuentro otra manera de generar un pensamiento significativo que ayude a diseñar el nuevo paradigma tan requerido y necesario. No veo otra manera de entablar un diálogo serio y coherente con la cultura contemporánea. Diálogo “*no simplemente como método, sino como exigencia intrínseca de una cultura del encuentro*”. Responder así a la invitación a colaborar con “*la redefinición de progreso, con el cambio de modelo de desarrollo global*”.

Sueño con discernir, motivar y acompañar a laicos de todas las realidades pastorales y espacios diocesanos para que tengan una formación académica reglada. Serán, si no lo son ya, los líderes de nuestras comunidades pastorales, y no digo parroquiales para no meterme en conflictos jurídicos.

Lo inesperado nos sorprende porque nos hemos instalado con gran seguridad en nuestras teorías, en nuestras ideas, y éstas no tienen ninguna estructura para acoger lo nuevo. Lo nuevo brota sin cesar, es difícil predecir cómo se va a presentar, pero debemos contar con su llegada, es decir, contar con lo inesperado.

El conocimiento del mundo, en tanto que mundo, se vuelve una necesidad intelectual y vital al mismo tiempo. Es un problema universal. Para articular y organizar los conocimientos, y así reconocer y conocer los problemas del mundo, es necesario una reforma del pensamiento. Pero no es una reforma programática, sino paradigmática, tiene que ver con nuestra aptitud para organizar el conocimiento.

A este problema universal se enfrenta la formación del futuro. Nuestros saberes cada vez están más desunidos, divididos, compartimentados (no sólo me refiero a la especificidad de las ciencias y técnicas, sino al escaso diálogo existente entre la filosofía y la teología, e incluso a la teología entre sí). La filosofía siempre ha sido la esclava de la teología. Pero si la sierva no limpia los cristales de la ventana, la señora no podrá contemplar la belleza del paisaje. Si la sierva no pule el espejo, la señora siquiera podrá ver su rostro.

Junto a nuestras divisiones de los saberes, las realidades o problemas son cada vez más multi-disciplinarios, transversales, multidimensionales, transnacionales, globales, planetarios.

Sueño con que las asignaturas no sean un reino de taifas particular, sino que la transdisciplinariedad sea su razón de ser. Y por ello también, el uso de la red no como último recurso para recuperar alumnado facilitando su formación. Sino como medio para establecer puentes entre nosotros mismos, entre nuestras dos sedes y entre nosotros con Burgos y otras Facultades afines. Por ello, es urgente la necesidad de poder y querer encontrarnos los profesores, no solo de las sedes, sino del Instituto. El intercambio de profesorado, o analizar el recurso de clases presenciales aquí y online en Tenerife o viceversa.

De ahí la labor de nuestra Facultad y de nuestro servicio como profesores en esta institución que está en búsqueda de la verdad y a su servicio, configurando una sociedad presente y futura. En la transmisión de este saber que

desea ser transmitido, aunque no siempre sea acogido. Nuestro servicio no consiste en satisfacer las necesidades y deseos que nos demande la sociedad. Y cuando hablo de sociedad, no sé si me atrevería también a hablar de Iglesia. El ISTIC, y sé que se me va a entender, no está al servicio de la Iglesia. El ISTIC es Iglesia. Y la Iglesia tiene el deber de decirse, y la Iglesia tiene la obligación de escucharse.

Nuestro servicio consiste en influir, aportar y cambiar lo que sea necesario, para hacerla mejor. Incluso no adaptarse, sino adaptar en función de un ideal mayor que configure una realidad mejor. Ahí radica, como decía anteriormente, el insertar todas nuestras facultades: espirituales, intelectuales y existenciales en el corazón del kerygma. El Instituto Superior de Teología configura la realidad. Recuperemos esa significatividad. Asumamos este protagonismo, pero también esta responsabilidad.

Concluyo con Ortega, cuando nos recuerda La misión de la Universidad: *“Las funciones de la universidad son tres: la transmisión de la cultura, la enseñanza de las profesiones y la investigación científica junto con la educación de los nuevos hombres de la ciencia”*.

La cultura es el terreno de la ideas, comprensión e interpretación de la situación y orientación de la propia existencia a partir de esta comprensión. El hombre culto es el hombre ilustrado, el hombre que sabe vivir y se orienta en los caminos de la existencia. La Facultad tiene como tarea prioritaria la ilustración del hombre. Ilustración que en Occidente deriva del espíritu de la filosofía, de este proceso infinito de cuestionamiento, de búsqueda y de idealización. Por ello, el estado de salud y el sentido de la Facultad están estrechamente ligados al tono vital de los interrogantes básicos del ser humano. A su pasión, pasión por la búsqueda, pasión por la enseñanza, pasión por el aprendizaje.

La formación superior requiere un cultivo de capacidades intelectuales: el pensamiento (la filosofía), la memoria (la historia), la expresión (la filología), la creatividad (el arte) y el cálculo (la matemática). Este cultivo tendría que permitir: leer y comprender lo que se lee, mirar y apreciar aquello que es valioso, recordar lo memorable, afirmar la sensibilidad, madurar el juicio y la crítica, desarrollar la imaginación, calcular y reconocer las proporciones... pero también, con todo ello, acompañar el gran interrogante sobre el ser, el yo y la vida.

Pero bueno, la vida es sueño y los sueños, sueños son. Soy consciente de lo complicado que resulta en la situación actual de nuestras diócesis hacer



realidad estos sueños. Pero valoremos el precio que podamos pagar. No sigamos tanto a Calderón, por sublime que sea, y una vez más recurramos a Whitman, y el bello poema que recita Robin Willians a su club de poetas muertos.

### **¡Oh yo, vida!**

Todas estas cuestiones me asaltan,  
del desfile interminable de los desleales,  
de ciudades llenas de necios,  
de mí mismo, que me reprocho siempre, pues,  
¿Quién es más necio que yo, ni más desleal?  
De los ojos que en vano ansían la luz,  
de los objetos despreciables,  
de la lucha siempre renovada,  
de los malos resultados de todo,  
de las multitudes afanosas y sórdidas que me rodean,  
de los años vacíos e inútiles de los demás,  
Yo entrelazado con los demás,  
La pregunta, ¡oh, mi yo!,  
la triste pregunta que vuelve:  
“¿Qué hay de bueno en todo esto?”  
Y la respuesta:  
“Que estás aquí, que existen la vida y la identidad,  
que prosigue el poderoso drama y que quizás  
tú contribuyes a él con tu verso”.